

loqueleog

LA JAULA DE LOS GORILAS

© 2011, Rodrigo Muñoz Avía

© 2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

© De esta edición:

2016, Santillana S. A.

Av. Primavera 2160, Lima 33 - Perú

Loqueleo es un sello editorial de Santillana S. A.

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

ISBN: 978-612-4299-84-1

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional
del Perú N° 2016-08653

Registro de Proyecto Editorial N° 31501401600684

Primera edición: julio 2016

Tiraje: 2 000 ejemplares

Impreso en Perú - Printed in Peru

Metrocolor S.A.

Los Gorriones 350, Lima 9 - Perú

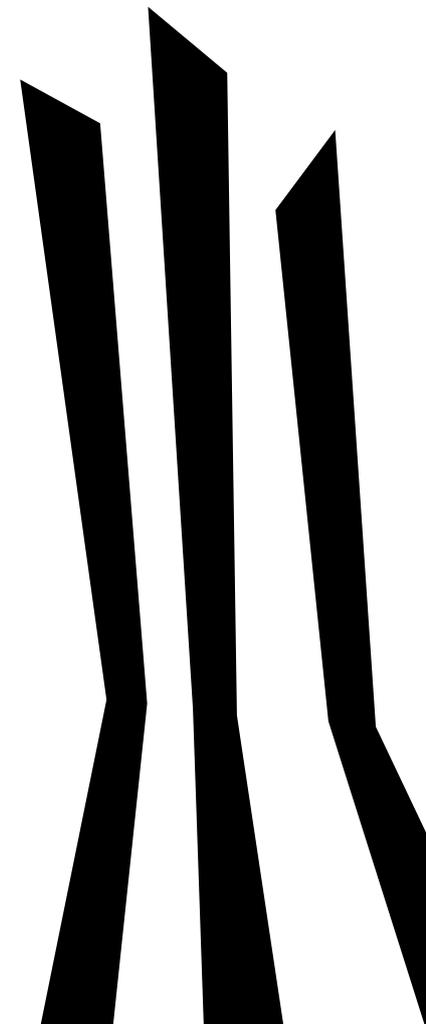
Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en,
o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma
y por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico,
por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

LA JAULA DE LOS GORILAS

Rodrigo Muñoz Avía

loqueleog



La mayor injusticia consiste en parecer justo sin serlo.

PLATÓN, *La República*

Así como está inserto en la lengua, la boca y el estómago de las abejas que deben producir la miel, en nuestros ojos, en nuestros oídos, en nuestra médula, en los lóbulos de nuestra cabeza, en todo el sistema nervioso de nuestro cuerpo, está escrito que hemos sido creados para transformar lo que absorbemos de las cosas de la tierra en una energía particular y en una cualidad única en el globo. Ningún ser, que yo sepa, ha sido combinado para producir como nosotros ese fluido extraño que llamamos pensamiento, inteligencia, entendimiento, razón, alma, espíritu, potencia verbal, virtud, bondad, justicia, saber: porque posee mil nombres, aunque no tenga sino una esencia.

MAURICE MAETERLINCK, *La vida de las abejas*

Dice Javier que los insectos y todos los bichos pequeñitos sufren y sienten dolores como los puede sentir por ejemplo una vaca, y que por eso no hay que matarlos. Estas cosas basta que te las digan dos veces para que te acabe entrando la paranoia. Según le ha dicho su profesora de Conocimiento del Medio, los insectos generan hormonas y tienen órganos muy parecidos a los nuestros, aunque más simples, y está demostrado que sufren. Que sufran tanto como una vaca no lo sé, me parece exagerado, pero el caso es que algo sufren y por eso yo ya no soy capaz de darle un pisotón a una simple hormiga o de aplastar un mosquito con un periódico. Pienso en el sufrimiento del bicho, en su espantoso dolor, y en el pánico que sentirá al ver cómo levanto mi pie. Por lo visto hasta las plantas generan la hormona del estrés si sienten que se les va a hacer daño. Yo ahora lo que hago cuando veo un bichito en mi habitación es perseguirlo con un folio y ponerlo encima. Es patético, ya lo sé, pero yo no tengo la culpa, ha sido el anormal de mi hermano, que me lo ha contagiado. Tiro el bicho a la jardinera que está justo delante de mi

ventana y me siento feliz por el pobre animal. Aunque cuando me toca desviar todo un camino de hormigas que han llegado desde el jardín a comerse las miguitas de pan junto al tostador de la cocina, la cosa ya no me hace tanta gracia. Lo que pasa es que si las veo, no puedo evitarlo. Quiero salvarlas.

10 Es curioso, pero en las entrevistas de la radio mi padre suele decir que lo que más le gusta de su trabajo es el contacto con la gente. Gente normal, gente de la calle. Dice que, aunque cueste creerlo, su trabajo le da la oportunidad de conocer a una cantidad de personas increíble. Que le gusta ver a la gente cara a cara, hablar con ella y ayudarla. Que la gente es maravillosa. Que si no le gustara ayudar a todas y cada una de esas personas que diariamente ha de ver en lugares y momentos muy variados, nunca habría escogido ese trabajo.

La gente se piensa que si tu padre es político se le nota todo el tiempo. Mis amigos creen que mi padre también es político cuando se pone el pijama, se lava los dientes o se tira en el sofá a ver un partido de fútbol. Ser político les parece una cosa tan rara que piensan que uno no puede dejar de serlo en ningún momento. Están convencidos de que mi padre dice las mismas cosas en casa que en las entrevistas de la radio o de la tele. Pero eso no es así.

Para mí, mi padre es mi padre, eso es evidente, y lo de que sea político o no tampoco cambia tanto las cosas, la verdad. Lo que quiero decir es que cuando mi padre

desayuna los sábados por la mañana y me da la charla por haber llegado tarde la noche anterior, yo lo último que pienso es si mi padre es político o fontanero. En realidad lo único que pienso entonces es que mi padre siempre aprovecha el momento de ponerse la mermelada en la tostada para sacar ese tema de conversación, no sé muy bien por qué. Y también pienso que la nueva moda de levantarnos a todos a la misma hora para desayunar juntos los sábados y empezar el fin de semana con buen pie es bastante insoportable.

11

El otro día, mientras tomábamos unos minis en el parque, antes de ir a buscar a las chicas y echarnos unas risas con ellas, me dijo el Abrebotellas que mi padre le parecía un tipo muy enrollado. A mí me pareció algo muy preocupante, porque el Abrebotellas es medio retrasado y lo único meritorio que ha hecho en su vida es abrir botellines de cerveza con los dientes, y así los tiene. Él dice que no se los ha torcido con las chapas, sino que los tiene torcidos de nacimiento, lo cual es bastante más grave y explica muy bien por qué su madre decidió no tener más hijos.

Así que el hecho de que mi padre le pareciera un tipo enrollado al Abrebotellas no fue una buena noticia, porque es difícil explicar la clase de gente que al Abrebotellas puede merecerle esa opinión. Es verdad que hay precedentes en esta línea, como su abuelo, que debe de ser un tipo legal, y también el abuelo de Heidi («ya no hay gente como él», me dijo un día), pero también el infeliz

de Matemáticas, que por algún motivo le hace tilín y le aprueba siempre a fin de curso, la histérica de su vecina (por ese increíble récord de haber sido la primera en entrar a las rebajas del centro comercial por tercer año consecutivo) y el mismísimo Berlusconi, que, según él, tiene su punto en las cosas que dice.

Me quedé mirándole sin salir de mi asombro y con el mini de sangría en la mano.

12 —Joder, G., que lo digo de coña —me dijo entonces—, solo quería hacerte la pelota para ver si me pasas el mini de una vez. —Y empezó a partirse de risa, para variar. No hay nada que le guste más al Abrebotellas que enseñar sus dientes para afuera a todo bicho viviente, pero es curioso que siempre que se ríe se lleva la mano a la boca para tapársela. Es un acto reflejo que no puede evitar.

—Qué subnormal eres —le dije y, después de dar otro trago, le pasé el mini.

Que el Abrebotellas hablara bien de mi padre era preocupante, es cierto, pero reconozco que algo de ilusión sí me hacía. Llegó un momento en que me hartó un poco de oír siempre las mismas cosas sobre los políticos y sobre mi padre y que alguien diga algo bueno la verdad es que se agradece. Yo soy el primero que pongo a parir a mi padre por su forma de hablar en público y por muchas de sus decisiones y porque haya conseguido parecerse cada vez más al resto de los políticos. Pero una cosa es que lo diga yo e incluso que se lo diga a él, y otra cosa muy distinta es que lo digan los demás.

Afortunadamente la política y mi viejo no son los únicos temas de conversación con mis colegas. Así que cuando el Abrebotellas se acabó el litro dejamos el tema y nos fuimos a buscar a las chicas. Cruzamos la autopista por la pasarela de peatones para ir al bar del hermano de Susana, donde estaban ellas. Entonces al Abrebotellas no se le ocurrió nada mejor que tirar una de sus chapas de cerveza hacia la autopista, por encima de los coches. Me cabreé con él por demente y luego estuvo toda la tarde riéndose de la frase tan ingeniosa que se le ocurrió decir:

—Deja de darme la chapa, chaval.

13

La vecina de la casa de al lado es belga y se llama Pauline, y es la tía más guapa y misteriosa que he visto en mi vida. Al principio no me gustaba mucho, pero ahora cuanto más la miro más me gusta. Tiene el pelo liso y negro, peinado con raya en medio, con un rollo un poco gótico, pero tiene algo tan dulce y triste en la cara que me encanta. Me pone nervioso. Puedo estarme toda la tarde esperando a que llegue de su clase de baile para verla subir la escalinata exterior de su casa desde mi ventana. A su madre suele hacerle un aspaviento de desprecio como saludo. A mí, cuando me la cruzo en la calle, jamás me saluda ni me dirige la mirada.

Es la historia de un tío de mi edad que una mañana se levanta y descubre algo raro. Internet y el móvil no funcionan, la radio no emite nada y todos los miembros de su familia han desaparecido sin dejar rastro. Así son las

primeras páginas del cómic que estoy haciendo. El tipo sale a la calle y todo es todavía más extraño. Están las cosas, los árboles, todo, pero no hay nadie, absolutamente nadie. El tipo tarda poco en descubrir que está solo en la ciudad y probablemente solo en el planeta. No entiende nada. La luz deja pronto de funcionar y el agua de salir del grifo y la historia se convierte entonces en un rollo de supervivencia en una urbanización y una ciudad desiertas. Cuando el tío está más colgado y ya bastante enloquecido, visita la casa de algunos de sus compañeros de colegio, y en la casa de la tía que más le gusta, cotilleando en todas sus cosas, resulta que aparece ella, que también se pensaba que estaba sola en el mundo y llevaba varios días escondida en el sótano de su casa.

Bueno, esto todavía no lo he dibujado, pero me lo imagino bastante bien. Luego ya no sé muy bien qué es lo que haré.

Los lunes mi madre tiene una tertulia con amigos. Se reúnen en el salón y hablan de literatura o de pintura o a veces también de política. Mi padre dice que mi madre hace muy bien en organizarse su propia agenda. Dice que es muy bueno para ella, como también lo ha sido empezar a trabajar por las mañanas. Los lunes que mi madre tiene tertulia, mi padre aprovecha para quedarse más tiempo en la Consejería. Normalmente llega a casa cuando la tertulia ya ha terminado.

Me llega lejanamente el sonido de las voces en el piso de abajo mientras estudio el examen de Historia

que tengo el miércoles. Mi profesor de Historia es más raro que un perro verde, pero me gusta cómo da la clase. Siempre dice que la historia no es una historieta. Que cada una de las cosas que han pasado en la historia tiene un porqué. Y que más que la sucesión de acontecimientos le interesa que entendamos por qué han ocurrido esos acontecimientos. Dice que si somos capaces de comprender eso, seremos capaces de comprender qué cosas pueden suceder en el futuro.

A la hora de cenar bajo a la cocina. Javier está cenando con Luisa, la chica dominicana que viene a casa las noches que mi madre tiene tertulia o cuando mis padres salen por ahí. Pongo mi cena en una bandeja y me subo a la habitación con ella. Lo de cenar solo en mi habitación es bastante raro, pero me gusta. Abro el trozo de pan y meto los filetes rusos dentro. Me como el bocata de pie, mirando por la ventana. Una polilla revolotea al otro lado del cristal y no deja de chocar con él. Apago la luz para que se vaya, aunque me cuesta creer que la polilla sienta mucho dolor cada vez que se choca contra el cristal. Comer a oscuras, coger el vaso de agua a oscuras, mirar por la ventana a oscuras tiene algo prohibido que me gusta. Pienso que a Pauline, la vecina belga de la casa de al lado, debe de pasarle algo parecido.

En el foro de Internet de mi clase hay alguien que se dedica a meterse conmigo y con mi padre. Firma como «Eva», pero yo estoy convencido de que es un tío, aunque no tengo ni idea de quién puede ser en concreto. El foro este lo crearon Carolina y Silvia, dos chicas de clase que

decían que el Tuenti era muy limitado para mantener conversaciones entre todos. Lo malo de su foro es que tampoco hay manera de detectar a los intrusos, aunque habitualmente lo usamos siempre los mismos.

Tampoco me preocupa demasiado que la tal «Eva» se meta conmigo y con mi padre, la verdad. Sea quien sea, no tiene ningún respaldo y ni siquiera se atreve a dar la cara con su nombre de verdad. Aparece de tarde en tarde, pone un par de estupideces y se calla. Yo nunca le he respondido desde mi identidad, porque estoy convencido de que eso es lo que quiere. Me parece mucho mejor ignorarlo, no hacer ni caso a sus comentarios, como si no pasara nada. Eso sí, a veces le respondo con nombres falsos. Hoy por ejemplo le he puesto: «Eva, te espero en la puerta de tu casa a las once, si miras por tu ventana me verás con el bate de béisbol, imbécil». He firmado como «Pocoyó».

Javier sale del cuarto de baño y se mete en su habitación. Voy un rato con él. Me habla de su último partido de fútbol con el equipo del colegio. Javier tiene diez años.

—Enano, no me des más detalles porque odio el fútbol, ya lo sabes.

—Gerardo, hoy he visto a Luque morreándose con Virginia —me dice. Le encanta decirme estas cosas para ver cómo reacciono yo.

—Me parece muy bien, yo también los he visto, están saliendo.

—¿Ya no van con vosotros?

—Sí, a veces sí, y a veces no.

—¿A ti te gusta Virginia o no?

—No, enano, no me gusta Virginia, ¿y a ti?

—Psa. Pero ¿tú te has morreado alguna vez con alguien?

—¿Otra vez con esto? ¡Qué obsesión!

Javier se ríe, un poco cortado, pero su perseverancia no tiene límites.

—Si te hubieras morreado con alguien, me lo habrías contado.

—Eso es lo que tú crees —le digo y cambio ya de una vez de tema—. Una cosa, enano, si tú una mañana te levantas y no encontraras a nadie y descubrieras que estabas completamente solo en la Tierra, ¿qué creerías que habría pasado?, ¿dónde pensarías que se habría metido todo el mundo?

—Habrían entrado en una dimensión Beta, un universo paralelo en el que todo el mundo estaría buscándome como loco. Yo lo que haría sería dedicarme a buscar la manera de acceder a ese universo paralelo.

Me lo temía. Lo de Javier, con su cultura de videojuego cien veces superior a la mía, es exagerado, pero creo que cualquiera que leyera mi cómic pensaría en un rollo de ciencia ficción de ese estilo, y a mí eso no me interesa. A mí en realidad no me importa dónde se ha metido todo el mundo, lo que me importa es la historia de ese chico y esa chica que se encuentran y solo se tienen a sí mismos en medio de un planeta gigantesco.

Vuelvo a mi habitación. Los amigos de mi madre hablan de un escritor que toda la vida ha sido de izquierdas y en las últimas elecciones ha apoyado a la derecha.